

LA
PLENITUD
DEL
AMOR

LA SANTIDAD CRISTIANA

HÉCTOR GUERRA, L.C.
JUAN PABLO LEDESMA, L.C.

LA PLENITUD DEL AMOR

LA SANTIDAD CRISTIANA

HÉCTOR GUERRA, L. C.
JUAN PABLO LEDESMA, L. C.

 Planeta

ÍNDICE

<i>Prólogo: Pedagogía de la santidad,</i> por Mons. D. José Ignacio Munilla Aguirre.	9
<i>Introducción</i>	13
1. La gloria de Dios: finalidad de toda vida humana.	27
¿Miedo a la gloria de Dios?	27
Dios nos atrae hacia sí.	32
Dios nos quiere santos.	37
La evolución del concepto	39
La fuente de la santidad	41
La perfección cristiana	46
Santidad y libertad interior.	49
2. ¿Qué significa ser santos?	53
Aclarando ideas	53
Vocación universal	57
Elementos implicados.	60
El pasaje clave del Evangelio	69
Creo en la Iglesia «santa»	75
El estado de perfección	78

3. El amor llevado a la perfección en Jesús.	83
Dios es fiel a la alianza	83
Jesucristo, el Santo de Dios.	86
Jesús lleva el amor a la perfección	89
Características del amor que llega a la plenitud	95
María, discípula aventajada	100
Cristo como punto de referencia.	104
4. El espectacular retablo de la santidad.	109
Una obra prodigiosa	109
La comunión de los santos	111
Visión de conjunto.	114
Lo que significan los santos para nosotros. . .	134
Los grandes bienhechores de la Iglesia y de la sociedad.	141
Mi figura en el retablo.	144
5. Sorteando obstáculos para llegar a la cima.	147
La montaña de la santidad	147
El pecado, clave de interpretación	150
El demonio, padre de la mentira y corruptor	156
El mundo, aliado del mal	159
La concupiscencia, enemigo interno	165
El encauce de las pasiones	172
6. Disposiciones y actitudes que llevan a la santidad.	179
El itinerario	179
La colaboración de la base humana	180
La humildad como fundamento	183
Glorificar a Dios cumpliendo su voluntad . . .	186
Inmersión en el misterio pascual de Cristo . .	196
Desarrollo pleno de la gracia bautismal.	205

En vuelo hacia la eternidad	213
Docilidad y colaboración con el Espíritu Santo	216
7. Algunos medios a nuestra disposición	221
Envueltos en el misterio	221
La liturgia de la Iglesia	222
La vida de oración	226
El rosario, oración privilegiada	230
El examen de conciencia	233
Trabajo espiritual programado	237
Ejercicios y retiro espiritual	242
La dirección espiritual	243
La lectura espiritual	247
Lo definitivo es el amor	249
 <i>Conclusión</i>	 251
<i>Anexo: La santidad oficialmente reconocida</i>	259

CAPÍTULO 1

LA GLORIA DE DIOS: FINALIDAD DE TODA VIDA HUMANA

¿Miedo a la gloria de Dios?

Yo, tú, los demás... El hombre y la mujer somos seres misteriosos, personas con cuerpo y alma. Microcosmos, síntesis admirable y armónica de la creación. «El hombre —se expresa maravillosamente san Gregorio Magno— tiene algo de todas las criaturas, porque tiene el ser como las piedras, la vida como los árboles, la sensibilidad como los animales y la inteligencia como los ángeles.»¹

¿Para qué nacimos? ¿Por qué vivimos? ¿Por qué estamos en este mundo? El sentido está escrito y sellado en la vida. Ahora, más que preguntarnos o buscar un porqué, preguntémonos: ¿para quién? En la respuesta hay una gran verdad y un regalo.

Es la certeza que proviene de la fe: soy amado; tengo un sentido, un cometido en la historia. Así me siento

1. San Gregorio Magno, Homilía 29 sobre el Evangelio: PL 76, 1214.

aceptado, querido. En su libro sobre el amor, Josef Pieper muestra que el hombre puede aceptarse a sí mismo sólo si es aceptado por algún otro.² Tiene necesidad de que haya otro que le diga: «Es bueno que tú existas. Sólo a partir de un “tú”, el “yo” puede encontrarse a sí mismo. Por eso es bueno ser una persona humana.»

Nuestro fin y nuestra meta es Dios, su gloria a través del amor, siendo santos. Y sólo contamos con esta vida, la única, la última para serlo, para realizarlo... Pero esta realidad, ¿a quién no le provoca miedo? Ya Dios nos parece un tú desconocido. Miedo de su gloria, que nos parece un concepto superior, soberbio, injusto e impropio de nuestra época. La gloria de Dios, de un ser impersonal, aparentemente lejano y exento de mi vida... El maligno nos lo presenta como adversario y enemigo acérrimo de nuestra felicidad. Tenemos también miedo de nosotros mismos, porque palpamos cada vez más la fragilidad de nuestra humanidad herida. Miedo de la misma santidad, porque nos parece un concepto frío, etéreo, imposible de alcanzar o algo muy aburrido.

A este propósito, reflexionando y haciendo un examen de conciencia sobre la santidad, escribía el cardenal Van Thuan:

En mi vida, y también ahora de cardenal, he tenido y tengo miedo de las exigencias del Evangelio; tengo miedo de la santidad, de ser santo. Muchas veces no me he atrevido a pensar en la santidad: he querido ser fiel a la Iglesia, no renegar nunca de mi decisión. Pero no he pensado suficientemente en ser santo. El año pasado me operaron para extirpar un tumor. Me quitaron dos kilos y

2. Cfr. Benedicto XVI, discurso a la Curia romana, 22 de diciembre de 2011.

medio de tumor, y quedaron en mi vientre cuatro kilos y medio, que no se pueden extirpar. Y con todo esto yo he tenido miedo de ser santo: éste ha sido mi sufrimiento. Pero duró hasta el momento en que vi la voluntad de Dios en lo que me sucedía y acepté llevar este peso hasta la muerte y, en consecuencia, no poder dormir más de una hora y media cada noche. Al aceptar todo esto, ahora estoy en paz: ¡su voluntad es mi paz! ¡Hasta que Dios quiera, yo querré ser como Él quiera de mí, para mí!³

Así concluyó el cardenal sus días en la tierra, abrazando la cruz, participando del misterio pascual de Cristo. La causa de beatificación de este profeta de la esperanza cristiana sigue abierta. Por hombres como éste, la santidad es posible y cierta, porque han vivido y buscado siempre la gloria de Dios.

Teológicamente, la gloria de Dios es la que la Trinidad se procura en su seno. Dicho con otras palabras: es el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu. Amor que refleja toda la vida, la belleza, la bondad, la verdad, la eternidad de sus perfecciones y desbordan en corriente de infinito amor. Es el misterio —define A. Royo Marín— de su vida íntima en el que Dios encuentra una gloria intrínseca absolutamente infinita.⁴

Dios no necesitaba de ninguna creatura, por buena o bella que parezca, para aumentar su gloria. Pero Dios ¡es amor! Y el amor se comunica, se expansiona y por eso participa sus perfecciones al creado. De esta forma, la creación entera glorifica a Dios. Esto no supone un egoísmo en Dios, sino una sobreabundancia y un derroche de

3. Mario Tosso, *L'Osservatore Romano*, 1 de julio de 2012, p. 8.

4. Antonio Royo Marín, *Teología de la perfección cristiana*, BAC, Madrid, 1988, p. 48.

generosidad. Como acertadamente señala santo Tomás de Aquino: «Sólo Dios es infinitamente liberal y generoso, porque no obra por indigencia o necesidad, como hacen los seres imperfectos, sino únicamente por bondad, para comunicar a sus creaturas su propia rebosante felicidad.»⁵

San Ireneo de Lyon va más lejos y se atreve a afirmar que la gloria de Dios somos nosotros, cada hombre y mujer viviente, así como la gloria del hombre es la visión de Dios, entendiendo «visión» como posesión definitiva y total de Dios.⁶ Nuestra propia felicidad no consiste en otra cosa que en la gloria eterna de Dios.

Por ello, la gloria de Dios nos es cercana y accesible. Significa la alabanza, la complacencia y el agrado que Dios recibe en Cristo de parte nuestra o de cualquier creatura. La misma encarnación, como veremos más adelante, y todo el misterio de la salvación no tienen otra finalidad que la gloria de Dios. «¡A Él la gloria por los siglos! —escribía san Pablo insistentemente a los romanos y experimentando el aguijón y la debilidad de su carne (cfr. Rom. 11, 36)—. ¡Que Dios sea todo en todas las cosas! (1 Cor. 15, 28), porque también comer, beber o cualquier otra actividad que realicemos da gloria a Dios» (1 Cor. 10, 31).

Así lo entendieron numerosos santos, hombres y mujeres de Dios a lo largo de los tiempos, como san Alfonso María de Liguorio, que siempre pensaba en la gloria de Dios, o san Ignacio de Loyola, que propuso como lema para su Compañía: *Ad maiorem Dei gloriam* (a la mayor gloria de Dios), y tantos otros que buscan la gloria de Dios a través del reino de Cristo.

5. Santo Tomás de Aquino, *S. Th.*, I, 44, 4, ad 1.

6. Cfr. San Ireneo de Lyon, *Adversus Haëreses*, IV, 20, 7.

De hecho, todo debería subordinarse a este fin. Incluso la santificación personal es deseable en cuanto con ella glorificamos más a Dios. Cumplir la voluntad de Dios es importante, necesario, pero el motivo último no puede ser otro que agradar a Dios. Cumplo su voluntad porque quiero complacerlo y darle gusto. Por agradarte, Señor, hago esto. Soy santo, por tu gloria. Una oración, atribuida a san Francisco Javier, dice: «Hago el bien, no porque a cambio entraré en el cielo, y ni siquiera porque, de lo contrario, me podrías enviar al infierno. Lo hago porque Tú eres Tú, mi Rey y mi Señor.»⁷

Sí, pensar en la gloria de Dios y en la santidad. Creer que existen y que yo también puedo dar mucha gloria a Dios, siendo santo. Porque ser santos es muy fácil. Es la vía ordinaria del cristiano. Es o debería ser lo normal. Todos somos capaces de ello. Para eso hemos nacido. San Juan Crisóstomo así lo entendía y lo predicaba desde su destierro: «Dios mismo nos ha hecho santos, pero nosotros estamos llamados a permanecer santos. Santo es aquel que vive en la fe.»⁸

Santos lo somos por ser la predilección de su creación, su imagen y semejanza, hechura de sus manos; ya somos santos por la gracia del bautismo, que nos conforma con Cristo y nos hace participar ya de su muerte y resurrección; ya somos santos por nuestra incorporación a la Iglesia, por la fe... Ahora se trata de permanecer en estos dones y bendiciones, en hacerlos fructificar y llevarlos a plenitud. Lo que ya somos hay que mantenerlo y acrecentarlo, porque en la cumbre del amor

7. Citado por Benedicto XVI, discurso a la Curia romana, 22 de diciembre de 2011.

8. San Juan Crisóstomo, *Homilías sobre la Carta a los Efesios*, I, 1,4.

—escribe san Juan de la Cruz— sólo mora la honra y la gloria de Dios.

Dios nos atrae hacia sí

Así que toda vida cristiana tiene como finalidad la santificación personal. Es nuestro modo de amar a Dios, de darle gloria. Ser santos, santas. Y ¿esto qué significa? Quizá lo primero que nos viene a la cabeza al escuchar estos adjetivos sea una conexión inmediata con la Tierra Santa. Efectivamente, Israel y Palestina constituyen escenarios privilegiados, porque son la tierra de Abrahán, de Isaac y de Jacob. La tierra donde Dios comenzó su Revelación. Tierra del Éxodo y del exilio, del templo... Tierra donde el Hijo Unigénito de Dios se encarnó en el seno de María Santísima; donde vivió, murió y resucitó. Tierra donde nace la Iglesia. Por eso esta tierra es santa, no porque sea más digna, hermosa o mejor, sino porque es la cuna de un plan de salvación, de amor, donde Dios ha entrado en comunión con el hombre.

Así como Abrahán, los patriarcas, los profetas y María Santísima fueron los protagonistas, de la misma forma nos sentimos cada uno de nosotros interpelados por el mismo Dios, que baja a nuestra tierra y nos propone su mismo plan de salvación. Una invitación a la comunión con Cristo, que se cumple en plena libertad.

Desde que Dios tocó la Tierra Santa, la santificó. Análogamente, podemos decir lo mismo de cada persona. Cuando Dios entra y transforma los corazones y las conciencias, santifica a aquella persona.

Ampliando las miras, sabemos que la idea de la santidad se halla presente en todas las religiones, aunque con acentos diversos. Expresa ante todo la noción de una

misteriosa característica relacionada con el mundo divino e inherente a personas, instituciones y objetos particulares. Por eso, en el mundo de la Biblia brotó, como algo característico de lo santo, el concepto de separación: lo que es santo debe estar separado de lo profano, para que pueda conservar su carácter específico y no mancharse.

La santidad parecería así un valor sumamente complejo, que implica pureza y requiere lugares, cultos, objetos. El pueblo de Israel llevó a cabo una profunda reinterpretación de esta concepción, convirtiendo los términos «santo», «santidad», «santificar» (derivados todos ellos de la raíz semítica *qds*) en unos de los más característicos y significativos de toda la revelación bíblica. Sólo Dios es santo, el tres veces santo. Santo sólo puede aplicarse de modo absoluto y total al Señor (*Yhwh*), Dios.

Todo lo demás sería santo (el pueblo de Israel, el templo, el sacerdocio, Sión...) sólo como participación de Dios o, mejor dicho, como la presencia del Santo en la historia de salvación.

Cuando el Concilio de Éfeso (431 d. J.C.), bajo el reino del emperador de Oriente Teodosio II, aceptó para María el título de Madre de Dios, *Theotókos* (*Dei Genitrix*), dio un gran paso. Condensaba en esa fórmula toda la doctrina de la redención. Sin duda alguna, este término parece muy audaz. ¿Una mujer, madre de Dios? ¿Una virgen, madre del Santo? Pero precisamente ahí, en el misterio de la encarnación, se funda nuestra posibilidad de dar gloria a Dios y de ser santos. Si no fuera así, si Dios no hubiera dado ese salto por propia iniciativa, ¿qué relación o comunión podríamos mantener con un Creador y Señor separado de nosotros?

Es una maravillosa aventura de Dios. Él no permanece en sí mismo, aislado y lejano. Rompe —por así decirlo—

ese concepto tradicional de «santo» como separado. Dios sale de sí mismo, se comunica y se une a nosotros por medio de Jesucristo, que es Dios. No es un hombre que tiene relación con la Divinidad. En Jesucristo «nació» Dios en la tierra. Por eso ya no estamos fuera, sino dentro, participando de su vida, de su intimidad. La santidad ya no será separación, sino comunión, estrecha relación.

La filosofía aristotélica enseñaba que entre Dios y el hombre sólo puede existir una relación de causalidad. Para Platón ese ser divino y trascendente es un pensamiento que se piensa a sí mismo, pero que no puede salir de sí. Es persona, porque conoce, pero no ama. Un Dios que existe en sí, pero fuera de mí. Estas hipótesis conducen al miedo y al sinsentido. Un Dios que existe en sí mismo, sin relación conmigo.

Pero con su encarnación, misterio clave para entender a Dios y a nosotros mismos, a través de una *Theotókos*, Dios se pone en relación directa y estrecha con la humanidad, asumiendo nuestra naturaleza, permitiéndonos participar de su divinidad. La carne adquiere así dimensiones divinas. Así se puede mantener abierta la esperanza hacia el futuro. Afirma categóricamente Tertuliano, intuyendo el misterio: «La carne es el perno de la salvación» (*Caro cardo salutis*).⁹ Y añade: «La carne resucitará: toda la carne, precisamente la carne, y la carne toda entera. Dondequiera que se encuentre, está en consigna ante Dios, en virtud del fidelísimo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, que restituirá Dios al hombre y el hombre a Dios.»¹⁰

Por Jesucristo, Dios y hombre verdadero, entramos en el ser de Dios y con Él nos relacionamos.

9. Tertuliano, *De resurrectione mortuorum*, 8, 2.

10. *Ibíd.*, 63, 1.

Nace, pues, Cristo para restaurar con su nacimiento la naturaleza corrompida; se hace niño y consiente ser alimentado, recorre las diversas edades para instaurar la única edad perfecta, permanente, la que él mismo había hecho; carga sobre sí al hombre para que no vuelva a caer; lo había hecho terreno, y ahora lo hace celeste; le había dado un principio de vida humana, ahora le comunica una vida espiritual y divina. De este modo lo traslada a la esfera de lo divino, para que desaparezca todo lo que había en él de pecado, de muerte, de fatiga, de sufrimiento, de meramente terreno.¹¹

Por eso es posible la santidad, la comunión con Dios, la vida íntima de Dios, la inhabitación de la Trinidad en nuestros corazones. Si nos preguntamos cuál es el elemento más característico de la imagen de Jesús en los Evangelios, debemos decir: su relación con Dios. Él está siempre en comunión con Dios. El ser con el Padre es el núcleo de su personalidad. A través de Cristo, conocemos verdaderamente a Dios. «A Dios nadie lo ha visto jamás», dice san Juan. Aquel «que está en el seno del Padre... lo ha dado a conocer» (1, 18). Ahora conocemos a Dios tal como es verdaderamente. Él es Padre, bondad absoluta a la que podemos encomendarnos.¹²

El Papa Benedicto XVI señala un interesante paralelismo entre el primer capítulo del Evangelio de Lucas y el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles, que repiten en dos niveles el mismo misterio. En el primero, el Espíritu Santo desciende sobre María y así concibe al Hijo de Dios. En los Hechos, María está en el centro de la comunidad, orando e implorando al Espíritu. Y así de

11. San Pedro Crisólogo, Sermón 148: PL 598.

12. Cfr. Benedicto XVI, Jueves Santo, 5 de abril de 2012.

la Iglesia creyente, con María en el centro, nace la Iglesia, el Cuerpo de Cristo:

Este doble nacimiento es el único nacimiento del *Christus totus*,¹³ del Cristo que abarca el mundo y a todos nosotros. Nacimiento en Belén, nacimiento en el Cenáculo. Nacimiento de Jesús niño, nacimiento del Cuerpo de Cristo, de la Iglesia. Son dos acontecimientos o un único acontecimiento. Pero entre los dos está realmente la cruz y la resurrección. Y sólo a través de la cruz pasa el camino hacia la totalidad del Cristo, hacia su Cuerpo resucitado.¹⁴

De esta forma, la Madre de Dios es también Madre de la Iglesia, porque es Madre del Cristo total: *Christus totus*. Lo que nacerá de ella —según las palabras del arcángel— será santo.

La encarnación cambió definitivamente el concepto de santidad. Ya no es separación, reserva, privilegio, sino cercanía, participación y comunión con Dios ya en esta vida. Cristo —como nos enseña el Credo que la Iglesia reza desde el año 325 d. J.C.— fue concebido por el Espíritu Santo de María Virgen. Y de la misma forma es concebido siempre Jesús. Como señala Luis María Martínez:

Así se reproduce en las almas; es siempre fruto del cielo y de la tierra; dos artífices deben concurrir para esa obra de la humanidad: el Espíritu Santo y la Santísima

13. «*Et omnes in illo et Christi et Christus sumus, quia quodammodo totus Christus, caput et corpora est.*» San Agustín, *Enarraciones a los Salmos*, 2, 2: PL 36, 200.

14. Benedicto XVI, meditación al inicio de los trabajos del Sínodo de los obispos para Oriente Medio, 11 de octubre de 2010.

Virgen María. Dos son los santificadores esenciales de las almas: el Espíritu Santo y la Virgen María, porque son los únicos que pueden reproducir a Cristo... Pero los dos —el Espíritu Santo y María— son los indispensables artífices de Jesús, los imprescindibles santificadores de las almas.¹⁵

Dios nos quiere santos

Por eso debemos confiar mucho y dejar actuar a Dios. ¿Por qué? Dios nos quiere así, santos. Y precisamente, en el momento en que se experimenta la propia debilidad, se manifiesta más aún el poder de Dios, que nunca nos abandona.

Desde siempre, antes de la creación del mundo, nos piensa santos. La vocación a la santidad, es decir, a la comunión con Dios, forma parte del plan de Dios Creador. Y lo maravilloso es que no excluye a nadie; comprende y abraza a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, pasados, presentes y futuros. Llamada universal, proyecto de amor. Amor eterno.

Dios, que es Padre, nos eligió desde siempre y para siempre en su Hijo. Y a esto san Pablo lo llama una bendición. Una bendición en Cristo que conlleva toda clase de bienes espirituales y celestiales. Que Dios nos piense y nos ame desde siempre es muchísimo. No hay palabras para describir tal atención y amor. Y san Pablo prosigue indicando el sentido de este don, regalo, bien, bendición... El porqué y el para qué es que fuésemos santos por el amor (cfr. Ef. 1, 3-10).

15. Luis María Martínez, *El Espíritu Santo*, La Cruz, México, 1998, p. 15.

La santidad es el fin y cometido de toda la vida humana. Destinados en la persona de Cristo, por puro amor y libre iniciativa divina. Eso somos cada hombre y mujer: un designio de Amor; un proyecto de santidad, su gloria y alabanza.

Es la mirada de Dios, que siendo eterna, penetra todo y lo trasciende todo. Y allí nos encontramos sus creaturas predilectas, sus hijos de adopción. Dios nos mira en Cristo. Nos ve y nos reconoce en su Hijo. Nos da su sangre, el perdón de nuestros pecados, el tesoro de su gracia, derramando y derrochando bienes, mostrándonos su voluntad.

Y es que Cristo no se encarnó como un individuo entre muchos. Nació para crearse un cuerpo, para atraernos a todos hacia sí, para recapitular toda la creación, de cielo y tierra. Donde nace Cristo comienza el movimiento de la recapitulación, de la construcción de su cuerpo que es la Iglesia. Bella y plásticamente describe san Ireneo de Lyon este proceso de recapitulación: «Dios había tomado el barro de la tierra para plasmar al hombre y a través de esto tuvo lugar toda la Economía de la venida del Señor. También tuvo él carne y sangre para recapitular, no otras distintas de las de aquel antiguo plasma del Padre, buscando lo perdido.»¹⁶

Por eso san Pablo invita a los cristianos de Colosas a conseguir un conocimiento perfecto de la voluntad de Dios, de ese modo su conducta será digna y le agradarán en todo. Así el poder de su gloria les dará fuerza para soportarlo todo con alegría.

16. San Ireneo de Lyon, *Adversus Haëreses*, V, 14, 2.

La evolución del concepto

En los albores de la Iglesia, los santos eran los miembros de la comunidad cristiana y se consideraban hermanos. San Pablo, en sus cartas, manda saludar a los hermanos y despedirse con el ósculo de la paz. Luego se reservó el título de santo a los mártires. Porque mártir es el testigo que sella con su muerte su profesión de fe cristiana. Es una persona que confirma la verdad en que cree con el don de su vida. Su fe en Cristo redentor es tan fuerte que dice: te lo demuestro con mi propia vida, quiero firmar mi amor y mi fe con mi sangre. El mártir es aquel que dice: yo creo en el amor y lo demuestro con el gesto supremo del amor. Porque: «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por el amigo» (Jn. 15, 13). Muere a sí mismo, renuncia totalmente a sí mismo, en un acto heroico de opción por el amor de Dios, que le cuesta la vida.

Y el mártir es también —como la palabra griega indica— un testigo. Es testigo de los bienes eternos, porque tiene ante la vista la recompensa de la vida eterna. «Estoy persuadido de que los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con la gloria venidera» (Rom. 8, 18), y por eso san Pablo encara cárceles, latigazos, naufragios y todo lo que venga. El mártir tiene una especial fortaleza: porque Dios le concede el don de llevar las dificultades de este mundo ante la vista del premio futuro. Es una fe que viene acompañada siempre de la fortaleza. Una fe que debe ser defendida de modo heroico y que viene a ser jalonada por el anhelo de la recompensa futura, la certeza que le da que no todo se acaba aquí, sino que viene algo mejor. Y por eso el apóstol mártir es capaz de cualquier cosa. Recordemos lo que hizo el Espíri-

tu Santo con los apóstoles: de tímidos y cobardes se transformaron en valientes y audaces testigos.

Todos sabemos que a partir del testimonio de todos estos primeros cristianos que tuvieron que dar su vida por la fe se creó en la Iglesia primitiva toda una ilusión de martirio. Era lo ordinario en los primeros cristianos, el vivir con la ilusión de ser mártir. Era la única forma en que se concebía la santidad entonces. Los santos eran los mártires.

Pero, si bien el martirio es un don, una gracia reservada para algunos o muchos, la llamada a la santidad, a ser testigos de Cristo, lo es para todos. Quizá Dios no nos pida ser mártires, pero sí nos quiere santos. Volviendo a los primeros siglos de la historia de la Iglesia, vemos que llegó un momento en que las circunstancias cambiaron. El mismo concepto de santidad circunscrito al martirio cambió. Terminó la persecución de la Iglesia, a inicios del siglo IV, con el reconocimiento por parte del Imperio romano. Ya no los mataban ni los perseguían, al menos abiertamente.

San Martín de Tours (316-397) muere sin haber sido martirizado y es santo; se le reconocen sus virtudes heroicas, y luego viene su biógrafo, Sulpicio Severo, que hace la defensa aguerrida de que éste es un mártir como los demás, porque ha sido heroico en la vivencia de las virtudes cristianas. Empieza una especie de apología de esa forma de vida cristiana y se destaca de tal manera la forma heroica de vivir las virtudes que surge el monaquismo. Y lo promueven de tal manera que se convierte en un ideal de vida y hay una gran floración de dicho ideal porque es la oblación de sí mismo en el sacrificio de la propia vida por Cristo.

Hay, por lo tanto, una transición en la historia de la Iglesia en cuanto a la concepción de la santidad por el ejer-

cicio heroico de las virtudes. En nuestro tiempo, a todos los cristianos se nos pide ser testigos, santos. Leemos en la *Lumen Gentium*, n. 42: «Si el martirio es don concedido a pocos, sin embargo todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirlo por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia.» Éste es el martirio que se nos pide a todos los cristianos. A imitación de Cristo: «He nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad» (cfr. Jn. 18, 37). Y cuál es la verdad del Evangelio: «Dios es Amor» (1 Jn. 4, 8). Y el único cristianismo es el Evangelio del amor.

Los primeros cristianos veían que el martirio los conformaba con Cristo, pero no tanto por el hecho de la muerte, sino por las disposiciones interiores con que ellos padecían. Esa manifestación externa de sacrificio, de martirio, debe proceder de las disposiciones interiores. Y san Pablo confirma el argumento: «Si no tengo caridad, nada me aprovecha» (1 Cor. 13, 3b). El mismo san Agustín lo resume en una frase lapidaria: «Al mártir no lo hace el castigo que sufre, sino la causa del mismo.» No cuenta tanto el sufrimiento padecido, sino el motivo, el porqué, o mejor aún, el por quién.

La fuente de la santidad

Nos atrevemos a decir que la santidad es una, como una es la perfección de la caridad, porque manan de Dios. Una, la filiación divina y la configuración a Cristo; una es la Eucaristía, una la unión con la Trinidad. Múltiples, sin embargo, son las modalidades o expresiones de esta santidad, según la diversa condición de las personas.

El Concilio Vaticano II insistió en lo uno y en lo otro al afirmar juntamente la unidad substancial de la santi-

dad y las diversas fisonomías espirituales de sacerdotes, religiosos y laicos: «Todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad.»¹⁷ «Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios.»¹⁸

Dios Trinidad es la fuente de toda santidad, como de todo progreso y perfección. Es la fuente de donde mana todo:

Qué bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche —así se expresaba nuestro poeta y místico san Juan de la Cruz en 1578—. Su origen no lo sé, pues no le tiene, mas sé que todo origen de ella viene... Sé que no puede ser cosa tan bella... Su claridad nunca es oscurecida, y sé que toda luz de ella es venida... El corriente que nace de esta fuente bien sé que es tan capaz y omnipotente... El corriente que de estas dos procede sé que ninguna de ellas le precede... Aquesta eterna fonte está escondida en este vivo pan por darnos vida... Aquesta viva fuente que deseo, en este pan de vida yo la veo, aunque es de noche.¹⁹

Dios, al ser Padre, es fecundo. Es Padre y como tal desarrolla una paternidad admirable en grado sumo. El Hijo es perfecto, de la misma naturaleza, y por eso infinito. Del mutuo amor procede el Espíritu Santo, amor substancial del Padre y del Hijo. Así nos habla la Revelación.

17. *Lumen Gentium*, 40b.

18. *Ibidem*, 41a.

19. Cfr. San Juan de la Cruz, «Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por la fe»: «Qué bien sé yo la fonte que mana y corre.»